

## BANGLA-DESH

de que, manteniéndonos pakistaníes, queríamos conservar nuestra personalidad bengalí. Yahya Khan decidió enfrentarse con nosotros.

Yahya Khan estaba entonces desposeído de la Jefatura del Estado en Pakistán. Le digo que yo he llegado a la conclusión de que era un loco fanático.

—¿Que era un loco? —pregunta mi amigo—. Me sorprende. Perdió, eso sí. Pero podía no haber perdido. Usted ya ve —y ahora llego a su pregunta— cómo él decidió destruir el movimiento bengalí desatando una campaña de terror. Promover y llevar adelante una guerra es camino caro, y Pakistán no tenía mucho dinero.

—¿Y la campaña del terror incluía las violaciones? —le pregunté. Apretó los labios.

—Una campaña de terror lo incluye todo, como en Dresdem o Hiroshima —replica.

—Pero para esos muchachos que hicieron tales atrocidades, ¿tiene usted también alguna explicación?

—Sí, eran soldados. ¿De qué hablan los soldados en los barracones? De mujeres y de sexo. ¿Qué buscan cuando salen del barracón a la libertad? Mujeres y sexo. Ponga un fusil en sus manos y dígales que salgan y aterricen a la población. ¿Qué será lo primero que les venga a la imaginación? El sexo. No olvide que muchas de nuestras mujeres bengalíes son muy hermosas.

Mis pensamientos se vuelven hacia el pasado. Musulmanes e hindúes lucharon entre sí desde centurias atrás. Pero lucharon siempre hombres contra hombres, nunca hombres contra mujeres. Además, lucharon generalmente, si no siempre, con un código tan rígido, para ambas partes, como el de la caballería medieval. Musulmanes e hindúes tuvieron siempre en la más alta estima la castidad de las mujeres: los musulmanes, hasta el punto de hacer que sus esposas e hijas aparecieran en público con el rostro velado, y los hindúes, celebrando la pureza de una esposa como tema central de su épica religiosa: «El Ramayana».

Posiblemente, lo que en realidad sucedió fue que el haber inculcado en la mentalidad de simples soldados la idea de que podían hacer cuanto se les antojara fue lo que acarrió una catástrofe sin precedentes.

Se encienden ya las primeras luces. Salimos del aire acondicionado hacia una pesada noche tropical.

—El plan de Yahya fue tan bien realizado, que diez millones de personas tuvieron que huir del país. Y hubiera llegado aún más lejos de no haber sido por una mujer plenamente consciente de sí misma. Indira Gandhi sabía lo que tenía que hacer, y lo hizo. Envió sus tropas, y en seis días volvimos a estar sanos. Pero sin esta formidable mujer... —se detiene, mueve la cabeza y me da las buenas noches.

Mi amigo era muy sereno. Pero no tanto como la Madre Teresa. La Madre Teresa es de Albania, y ha trabajado en la India por espacio de cuarenta años. La conocía de nombre. Es católica, y en mis frecuentes visitas al Vaticano, los prelados me decían que si un día fuese a la India debería visitarla. «Siem-

pre es interesante —me decían— encontrarse con una persona que con toda seguridad va a ser canonizada».

Fue ella la primera en ayudar a las mujeres violadas abriendo las puertas de cinco casas en Bangla Desh, donde pudieron encontrar asilo. En la actualidad existen en Bangla Desh unos sesenta centros de rehabilitación, pero en los primeros días el Gobierno apenas pudo hacer nada: la Madre Teresa abrió el camino.

Sus enfermeras, enfundadas en el sari blanco, lindante en azul pálido, van y vienen, y me hablan. De pronto, una mujer menuda, vestida con el mismo uniforme, se detiene en silencio junto a mí. Al principio pienso que se trata de una enfermera más. Hasta que me fijo en su rostro —más bien en sus ojos— y sé ya quién es.

Es de edad media. Su rostro está ajado. Pero sus ojos son jóvenes. Son tranquilos: casi estallan de alegría. Yo he visto estos ojos en sólo dos personas: el Papa Juan XXIII y Mahatma Gandhi.

Comenzó su misión en Calcuta, cuidando ancianos y moribundos abandonados por los suyos. Les ayudaba y confortaba en sus últimos momentos. A partir de tan duro como cristiano quehacer, llegó con su caridad a convertirse en una leyenda india.

Cortó por lo sano mis cumplimientos de que había sido la primera en Bangla Desh..., diciendo: «Hay muchas cosas que hacer ahora mismo». Y de pronto, sorprendentemente tranquila:

—Fue algo realmente bueno lo que sucedió. El bengalí es amable. Al menos intenta ser amable. Pero necesita algo como esto, que le empuje a la acción. Hombres y mujeres venían a cientos, cada vez más, a ayudar. Pienso que su tragedia ha cambiado a los hombres que han venido detrás. ¿Sabe usted que hemos tenido ofrecimientos de jóvenes para casarse con estas pobres mujeres?

—Madre Teresa —pregunto—, ¿alguna de ellas lo ha hecho?

—Todavía no —me responde—. Ya ve usted, tenemos niños, muchas de estas mujeres están embarazadas. Por lo tanto, debemos esperar.

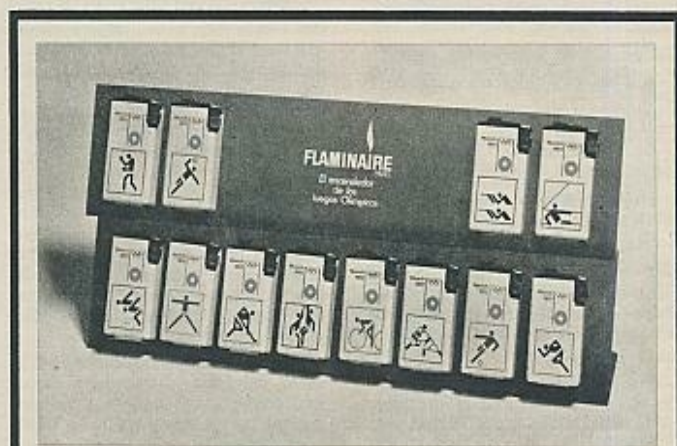
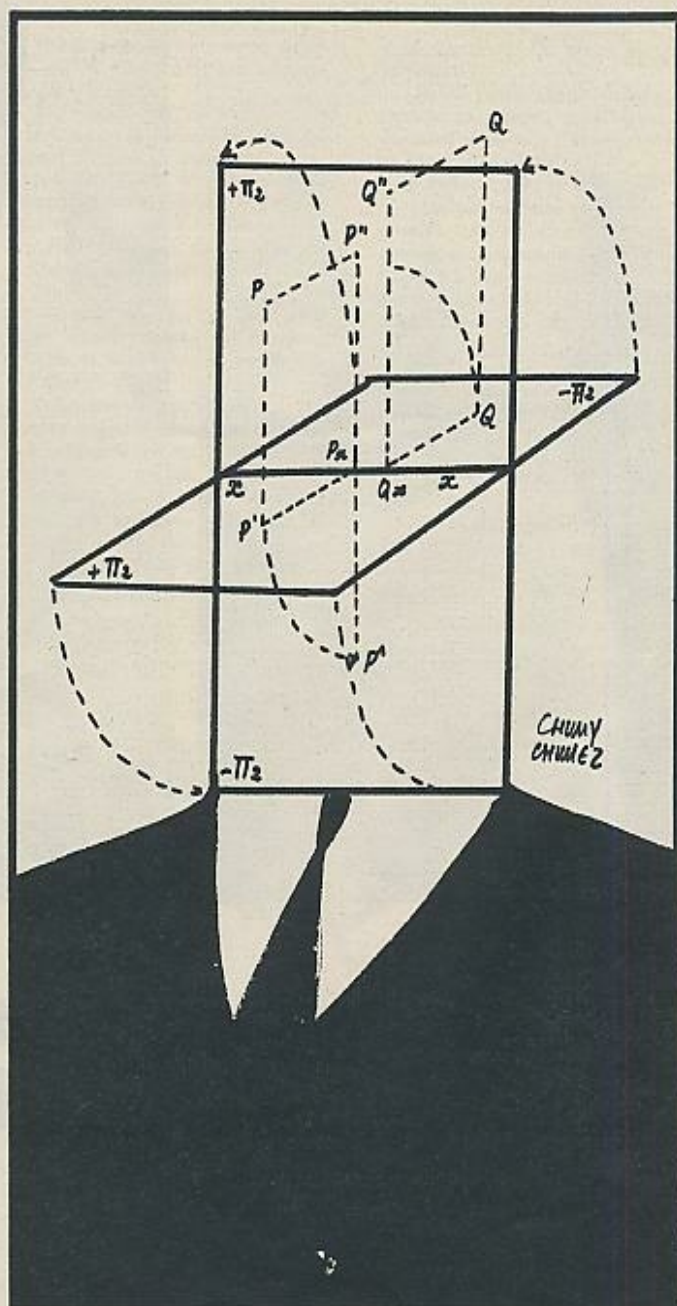
Para estas mujeres embarazadas han sido dadas, por parte del Gobierno, facilidades para abortar, pero esa práctica no es aceptada aún por la sociedad ortodoxa y no existe ninguna presión para que ellas se aparten del comportamiento de su propia comunidad. La mayoría de esos niños verán, pues, la luz del día.

La Madre Teresa mira largamente por la ventana, y luego se vuelve hacia mí:

—Lo que necesitamos ahora es olvido. La gente comienza ya a decir: «Vosotros nos hicisteis esto. Vamos a hacérselo ahora a vosotros».

Algunos, me consta, se han tomado ya la revancha.

—La gente me dice —prosigue ella— que lo que todos desean es paz. Pero si no llegan a olvidar, no la tendrán nunca. ■ A. M. (Copyright 1972: New York Times Co.)



### UN ENCEDEDOR FLAMINAIRE PARA RECORDAR LOS JUEGOS OLIMPICOS

Con motivo de la Olimpiada de Munich 1972, Flaminaire ha lanzado en el mercado, en exclusiva, una colección «JUEGOS OLIMPICOS», en la cual los amantes del deporte encontrarán el encendedor de su deporte favorito.